

LA NOVELA COMO GENERO LITERARIO

Una cosa es escribir novelas y otra, hablar de cómo y por qué se escribe una novela. Los que se dedican a analizar y estudiar el contenido de las novelas, pretenden adivinar sentimientos que el autor jamás consideró, acusan motivaciones y mensajes secretos, denuncian a los que creen ver retratados en la trama, dando la impresión que se niegan a aceptar que novelizar es hacer ficción, a veces basada en realidades que en la mente del escritor se convierten en materia prima para su trabajo, muchas veces sin segundas intenciones, solamente por el placer de narrar.

En "La verdad de las mentiras", Mario Vargas Llosa afirma que "no se escriben novelas para contar la vida sino para transformarla, añadiéndole algo", y ese algo es lo que el escritor quiere o puede aportar a una situación, por el simple placer de narrar o con el objetivo de instruir. El narrador de novelas se instala con todo su bagaje de sentimientos, en los sentimientos de otros. Es su visión de las cosas las que pone en boca de muchos, ya sea como narrador omnisciente que todo lo sabe y capaz de penetrar en todos los aspectos de la historia, o el narrador en primera persona que da un sentido de realidad inmediata a la narración. A veces, el narrador escoge ser simplemente objetivo, sin penetrar la mente de los protagonistas, describiendo únicamente hechos, sin entrar en motivaciones. Vemos y escuchamos a los caracteres en acción, como si se tratara de un drama teatral, sin más explicación que las que

nos da nuestra propia imaginación. Otras veces utilizamos el recurso que nos da la historia, con sus conocidas consecuencias, dándole la pátina de nuestra percepción muy personal de hechos conocidos por todos.

A través de los tiempos, los regímenes totalitarios siempre han tratado de apoderarse con fines propagandísticos o de silenciar la voz del novelista, que distorsiona la realidad impuesta y estimula la imaginación del lector, ofreciéndole otras perspectivas prohibidas. Para el escritor, la novela es el punto de partida que dispara la imaginación hacia otros horizontes, capaz de enderezar entuertos y estimular virtudes en el caso de la novelas épica o un medio de sacar a flote complejos y temores guardados en lo más profundo de la imaginación. Es mi opinión que el escritor, además de instruir, debe divertir al lector. Divertir significa entretener, pero a la vez apartar de lo cotidiano, recrear, estimular la imaginación. El novelista tiene la oportunidad de exagerar virtudes y defectos, distorsionar verdades, maquillar mentiras, modificar el tiempo y los espacios, inventar adjetivos, cometer flagrantes inexactitudes históricas, coquetear con el futuro, reinventar lo pasado, crear una nueva geografía. Lo cotidiano se convierte en suceso, lo ordinario en fantasía. El alcance del escritor de novelas está en su manejo del lenguaje, para llevar al lector a ese otro mundo que maneja con la gracia del prestidigitador. Así, a través de la palabra escrita, creemos en la metamorfosis de Karfka, sufrimos las frustraciones de Emma de Bovary, acompañamos a Lucienne de Duvempré en su aventuras por

París, sentimos en carne propia los horrores de las guerras napoleónicas con Pierre Bezúkhov, conocemos a Aureliano Buendía íntimamente; una pléyade de personajes de ficción que por arte de la magia de sus creadores, adquieren caracteres de realidad. Detrás de cada uno de esos personajes míticos, existe un espejo que refleja en forma exagerada y a veces demasiado real, nuestras propias frustraciones y debilidades, eso que llamamos el otro yo oculto y misterioso. No es en vano que algunos de esos personajes o sus autores se hayan convertido en adjetivos que ilustran nuestras cualidades o defectos. Quijotesco, dantesco, kafkiano, síndrome de Portnoy, de Picwick, de Lolita y tantas otras palabras que enriquecen nuestro lenguaje, por obra y gracia del escritor que se atrevió a crear el personaje. Toda mi vida he sido una lectora voraz, siendo la novela el género literario que prefiero. Desde muy joven descubrí el mundo a través de la literatura, gracias a mis padres. Mucho antes de tener la oportunidad de viajar, ya me había paseado por los jardines de Arabia, las estepas rusas, las pampas argentinas, las selvas africanas, el Pacífico Sur, el centro de la tierra, viajado en cohete a la luna, navegado el Nilo, recorrido el fondo del mar. Antes de llegar a la pubertad conocía a fondo las debilidades humanas. Eran mis compañeros de juego Julio Verne, Ponson Du Terrail, Scheherezade, Alejandro Dumas, Oscar Wilde, Emil Zola. Las novelas rosa de Rafael Pérez y Pérez me mostraron un mundo de elegancia. Después, aprendí a leer en otros idiomas a Colette, Guy de Maupassant, Balzac, Voltaire, Rabelais, Faulkner, Thomas Mann hasta llegar a Sommerset Maughan cuyas novelas me

marcaron para siempre. Jamás podré olvidar la impresión que recibí al leer "De la servidumbre humana", prometiéndome muy joven no caer en una trampa igual en nombre del amor. Tantos y tantos libros, acompañaron mis días; Steinbeck, Conrad, Henry James, Joyce, Fitzgerald, Duras, Yourcenar, Bashevis Singer, moldearon mi personalidad, dándome la seguridad de estar en muy buena compañía. Hay quienes aseguran que la novela como género literario está destinada a desaparecer, obliterada y confinada al olvido por ese otro género audiovisual que no exige esfuerzo, las películas y la televisión. Hay quienes se lamentan que cada vez existen menos lectores, que a nadie le interesa la palabra escrita, que los escritores estamos destinados al olvido, a la indiferencia de un público incapaz de apreciar una obra literaria. Y sin embargo, cada día salen más publicaciones y nos deslumbran nuevos-viejos escritores. Cuando Naguib Mahfouz recibió en Premio Nobel de literatura, jamás había oído hablar de él y su obra descubrió un mundo hasta entonces ignorado en este hemisferio, los vericuetos de un callejón en El Cairo. Igualmente me ocurrió con Marcos Denevi y Mujica Láinez de Argentina, Herrera Luque de Venezuela, Fernando del Paso de México, Rene Depestre de Haití, Milan Kundera de Checoslovaquia, Kurt Vonnegut y Amy Tam de Estados Unidos. Fue descubrir a la dama Murasaki que escribió maravillosas novelas cinco siglos antes que Cervantes. Al repasar la lista de escritores que he descubierto en los últimos años, me doy cuenta que ya se hace interminable. En América latina, Vargas Llosa, García Márquez, Jorge Amado, Carlos Fuentes, Julio Cortázar, Isabel Allende entre

otros han logrado romper la barrera del idioma para ser reconocidos mundialmente. El despliegue contemporáneo de talento narrativo alcanza límites inesperados. La capacidad de investigación y narrativa, nos lleva al conocimiento íntimo de toda clase de culturas y costumbres. La fantástica habilidad de los escritores, entreteje nuestros temores, historia, fantasmas, deseos, debilidades, perversidades, rencores, en un inmenso tapiz que nos pone el mundo entero a la disposición. Entonces, ¿cómo pueden asegurar que la novela agoniza? Ese otro medio que acapara la atención del público, el cine, se nutre insaciable del talento de novelistas, aunque no logre jamás con unas cuantas imágenes por muy artísticas que sean, por muy logradas que estén, captar la esencia de un adjetivo, la agilidad de un verbo, la profundidad de un sentimiento, el estado anímico, que magistralmente refleja la palabra escrita.

El cómo y por qué escribo que preguntan sin cesar los que tratan de entender este oficio y sobre todo los que indagan a qué hora, de dónde saco el tiempo, les respondo que ésto, más que oficio es vocación que nos empuja a registrar sucesos; que es el placer supremo de vencer la soledad y el miedo, sin reglas que aprisionen el lenguaje y el pensamiento. Nuestros personajes son creaciones exclusivas hijas de la imaginación, capaces de apoderarse por unas cuantas cuartillas de nuestra voluntad para exigir un destino acorde a sus ambiciones y aquellas cualidades que con munificencia divina les hemos endosado. Es un intercambio de voluntades, es un dar y recibir, un exigir y acceder. Es un registrar de realidades

rebuscando detalles que luego se convierten en adornos de nuestra fantasía. Es un retomar la historia, escueta, lineal, exacta y hacerla hablar con otras voces, es tener "Noticias del Imperio" de la boca misma de Carlota, es viajar con Magallanes rumbo a Maluco, es conocer a un Cristóbal Colón distinto, tendido en una hamaca, rodeado de sus "Perros del paraíso", es conocer a Bolívar perdido en su laberinto, es ver la otra cara de "Boves, el urogallo", es recorrer laberintos medievales de la mano de Umberto Eco. La novela nos da la oportunidad de denunciar injusticias y a veces, remecer los cimientos de la sociedad indiferente, cambiando el curso de la historia. "La cabaña del tío Tom" con su denuncia de los males de la esclavitud, despertó la conciencia de un pueblo precipitando la guerra civil. Dickens muestra a una Inglaterra cruel, indiferente a los males sociales provocados por la esclavizante revolución industrial. Rómulo Gallegos, presenta los abusos cometidos por terratenientes, denuncia que lo lleva a la presidencia de Venezuela. Joaquín Beleño gana un sitio en la historia de nuestro país, protestando la discriminación del "gold roll" y el "silver roll".

Voltaire, Hemingway, Remarque, Gironella, Mailer, antibelicistas por excelencia. Solzhenitsyn con un valor increíble se arriesga a mostrarle al mundo el horror del "Archipiélago de Gulag". Naipul presenta en forma magistral, conflictos raciales entre minorías, en lugares olvidados.

Imperios, gobiernos, iglesias, se han sentido amenazados por la narrativa poderosa del algún escritor, llevándolos a cometer

excesos. Aún hoy, casi llegando al siglo 21, vemos a un Salman Rushdie, languidecer en su escondite, ostracismo obligado por el fanatismo de un pueblo que no perdona ni a los traductores de su obra, asesinados sin piedad en Roma y Tokio. Vemos a un Fidel Castro, obligando a María Elena Cruz Varela a tragarse los papeles en donde denuncia sus abusos.

Anton Chekov escribió que "el escritor de ficción no debería tratar de contestar preguntas sobre Dios, pesimismo o similares. Lo que es obligatorio para el artista es, no resolver el problema, pero plantearlo correctamente".

Para terminar, quiero reiterar que para mí, escribir novelas significa recorrer caminos andados desviándome por vericuetos inventados, es jugar un poco a ser Dios sin sus obligaciones, es aprovechar los recursos a mi alcance para crear una ficción que pueda entretener y a la vez, instruir, es la libertad de ser yo misma y a la vez muchos otros, es cambiar de edad y sexo, es viajar por lugares desconocidos descubiertos por mi pluma, es llegar al cielo o visitar el infierno, es ser tigre o mariposa, es derrotar la maldad del tiempo. La palabra escrita para siempre es.

ROSA MARIA BRITTON